

cantar himnos y murmurar leyendas y consejas, y en cuyas aguas espumosas sumergieron antaño sus cuerpos gráciles las marquesitas del Campillo, las pálidas segundonas de Casanegra y la condesa de Peztagua, la dulce dama de los Zapatitos de Oro.

Hace casi medio siglo, allá por los años de 1891 ó 1892, hallábase de paso en Santa Fe de Antioquia el poeta Manuel Uribe Velásquez. En ese tiempo estaba en construcción el gran puente colgante sobre el Cauca, a unos seis kilómetros de la ciudad, y el constructor era el doctor José María Villa, uno de los más ilustres ingenieros de Colombia.

Villa y Uribe Velásquez habíanse apalabrado desde la víspera para situarse, el 8 de diciembre, en uno de los balcones de la Casa Consistorial o casa del cabildo, para ver a regodeo la afamada procesión de la Inmaculada.

Empezó a desfilarse la procesión y los dos amigos dieron suelta a sus frases admirativas: tan bello era el espectáculo.

—Doctor Villa—le dijo el poeta al ingeniero—, cuánto deploro no ser poeta místico, como Larmig o don José Joaquín Ortiz, para cantar esta procesión tan hermosa.

—Muy hermosa, efectivamente—repuso el doctor Villa—; pero sabe usted, Manuelito, lo que yo deploro?